

Ideas y política

Guatemala merece una respuesta creativa.

Edgar Gutiérrez

Hay épocas que son propicias para pensar, y a veces resultan ser el prelude de jornadas fértiles para la acción política. Puede que estemos arribando a una de esas épocas, tras la década perdida de los noventa postrada ante el fin de la historia y el pensamiento único. En los hechos ya pasó la euforia neoliberal, con lo cual no niego la existencia de entusiastas cegatones que siguen coreando ¡chofer, chofer más velocidad!, sin advertir que ya no hay chofer al volante. Conocemos los saldos del decálogo que contiene el Consenso de Washington, y sin duda nos vamos a quedar con algunas de sus recomendaciones. Pero nuestros países exigen un viraje responsable.

Ese cambio va a obedecer a las condiciones históricas, políticas e institucionales de cada lugar. Solemos prendernos de entusiasmo rápido ante otros modelos sin estudiar sus condiciones únicas. O bien caemos con facilidad en el pesimismo y el miedo absolutos ante experimentos que nos pintan de un solo lado. Carecemos de una madurez y profundidad que solo provee la identidad social, no el dogma.

Chile es singular, no se explica sin Pinochet y sin la fuerza institucional y la tradición democrática de sus partidos. Brasil es particular, porque desde la izquierda reconstituida en los ochenta está buscando respuestas a la pobreza y la desigualdad, sin cerrar las vías al capital industrial y apalancando su gravitación internacional. Chávez es un producto histórico del colapso de partidos, cuya profundidad del cambio social proclamado es todavía una interrogante bajo radical disputa ideológica. Kirchner fue también la respuesta específica pero a otro derrumbe. Y Evo Morales, quien tampoco fue un producto espontáneo, está entrando a la zona más difícil para un político revolucionario en el siglo XXI: jugar ajedrez en tres tableros simultáneamente.

Guatemala merece una respuesta creativa considerando sus condiciones singulares. Podrá alegarse que no tenemos las elites educadas para emprender semejante proyecto histórico de parto sin dolor, lo cual, sin embargo, tampoco es excusa. Ya está emergiendo una nueva generación de intelectuales (sin obra, tal vez) y de políticos (sin partido, la mayoría de casos), de líderes populares e indígenas (quizá sin base social) y de empresarios (sin grandes capitales).

O sea, representativos de unas clases medias que, como suele ocurrir, vienen anunciados por la producción literaria, un tanto desenfadada y semihuérfana de las tradiciones, sin que eso signifique que carezca de sentido histórico. Habiendo asentado las consecuencias sociales de las viejas lecturas baratas y superficiales del marxismo y el neoliberalismo –de toda suerte de fundamentalismo que nos llega bajo diferentes ropajes– tendremos que aprender a centrar el debate. Y quizá el inicio sea romper dicotomías (por ejemplo Estado vrs. mercado) y hablar con mayor realismo, esto es, acercar las ideas a la acción política.